

VILLAFRANCA EN SU INTRAHISTORIA

LUIS NEGRÓ ACEDO

Doctor en Letras por la Sorbona

Profesor de literatura y Civilización contemporáneas

Universidad de Caen (Normandía)

INTRODUCCIÓN

Después de haber leído dos admirables libros sobre Villafranca —el de Juan José Sánchez González, Luis Manuel Sánchez González y Francisco Javier Durán García¹, y el de Francisco Espinosa Maestre²—, el primero sobre el desarrollo urbano, demográfico y social de lo que fue aldea, luego villa y por fin ciudad, el segundo sobre la catástrofe que se abatió sobre ella con la guerra civil, la significación de lo que vio vivió y sintió el que nació y pasó su infancia y adolescencia en la ciudad, entre el final de la tragedia antes aludida y el comienzo de lo que se llamó luego el desarrollismo, empieza a adquirir una significación, que, aunque no modifique las conclusiones que se han sacado sobre la propia existencia, proyecta una nueva luz sobre ella y la hace más comprensible a los propios ojos.

¹ Juan José Sánchez González (Coord.), Luis Manuel Sánchez González. Francisco Javier Durán García, *Historia Urbanística y social de Villafranca de los Barros (siglos XIV a XXI)*, Villafranca de los Barros, 2012.

² Francisco Espinosa Maestre, *Masacre. La represión franquista en Villafranca de los Barros*, Sevilla, Aconcagua, 2011.

Ellos han hablado, muy bien, de la Historia de Villafranca, yo hablaré de lo que Miguel de Unamuno llamaría su intrahistoria.

Las primeras imágenes del niño en sociedad que aparecen –las otras no tienen aquí importancia– son las de la escuela, lugar de socialización por excelencia: una escuela unisexual, católica apostólica y romana, como mandaba la santa madre iglesia (y el verbo mandar hay que tomarlo aquí en su sentido más fuerte), todavía teñida de fascismo aunque desde que los aliados habían acabado con el nazi-fascismo en 1945, Franco había empezado a prescindir, al menos cara al exterior, de la parafernalia fascista con que había adornado los actos oficiales de su régimen. En las escuelas, los niños aprendían a leer y a escribir, a sumar y a restar, a cantar el Cara al Sol con la mano en alto y la letra que le había puesto José María Pemán, poeta oficial de la dictadura, al himno nacional (*Viva España, alzad los brazos hijos del pueblo español...Gloria a la patria... Triunfa España...*, etc.); en la nuestra, don José Espinosa nos recordaba, casi cada día, que los rojos eran muy malos; y, sobre todo, había que aprender el catecismo de memoria; un catecismo que comenzaba con una pregunta hecha por una suerte de “voz en off”, que debía proceder del cielo: ¿Sois cristiano?, y el niño contestaba, “Sí, por la gracia de nuestro señor Jesucristo”; y había que sabérselo de memoria hasta la última página para hacer la primera comunión que, a los siete años, oficialmente la edad de la razón, era el acto “consciente” que debía realizar el individuo para entrar a formar parte de la comunidad cristiana, la única que había, porque las demás habían sido destruidas o desterradas del “suelo patrio”; los que no se consideraban cristianos, y los había, a pesar de la feroz represión de la guerra y la postguerra, sobre todo en el distrito del “patrás”, no tenían ningún sitio en la comunidad, eran considerados ciudadanos de segunda categoría, condenados a vivir encerrados en su silencio. El pensamiento oficial, el único con derecho a expresarse era el de los grupos sociales que habían ganado la guerra, el de las clases dominantes: los restos de la aristocracia, más o menos santiagouista, lo que los autores de los libros antes citados llaman la oligarquía agraria, una burguesía minoritaria, pero muy influyente –pienso en la familia Miró–, y, evidentemente, las órdenes religiosas y el clero regular, de los tres conventos y las tres iglesias, que le proporcionaban la ideología, todos ellos sostenidos por una menguada clase media de comerciantes, altos empleados de bancos y de la administración municipal y algunas profesiones liberales, que los acompañaban en procesiones y otros actos oficiales.

La sociedad villafranquesa estaba vertebrada por un catolicismo teñido todavía del fascismo en que se había apoyado Franco; las estaciones estaban marcadas por fiestas religiosas adornadas todas ellas de procesiones que pasaban solo por las calles del centro, sede de las clases dominantes y, por ello, las únicas más o menos asfaltadas o empedradas; lo demás era un lodazal en otoño/invierno o una atmósfera polvorienta a partir de mediados de primavera. A veces, se decía un Tedeum de acción de gracias por algo, generalmente relacionado con el golpe de estado del 18 de julio del 36, y las autoridades municipales y los jefes del Falange, vestidos con la camisa azul del partido bajo chaquetas o flamantes saharianas blancas, salían de la iglesia y, frente a la marmórea lápida de los caídos por dios y por España, entonces a la derecha de la puerta del perdón, adosada a uno de los muros del templo, cantaban el himno

fascista con el brazo en alto, gesto obligatorio para todo el que pasara al lado. En el recuerdo queda grabada una escena vista desde lejos, que añade grotesco a lo grotesco: una mujer de unos cincuenta de años, vestida toda de negro, con refajo largo y alpargatas, la cabeza cubierta con un pañuelo, que pasaba por allí empujando un carrito con cuatro cántaros que llenaría en los caños, todavía existentes frente a lo que entonces era el ayuntamiento y hoy es el museo, una de aquellas aguadoras que se ganaban pobremente la vida vendiendo agua “potable” por las casas, fue obligada a pararse y a levantar la mano mientras duró el acto.

Entre un catolicismo tridentino y un fascismo cada vez más acartonado empezó a desarrollarse la vida del muchacho, contento de poder formar parte del grupo de niños, todos ellos vestidos con los trajes blancos de la primera comunión, en la procesión del Corpus de 1950; mucho más contento de pertenecer a la comunidad cristiana cuando entró a estudiar en el colegio de los jesuitas, en el que no se cantaba el cara al sol, pero el fascismo tenía aún un papel que desempeñar; aparte de que los jesuitas tenían que estar agradecidos a Franco, que los había restablecido en sus feudos y vino a visitarlos a Villafranca en 1945, la asignatura llamada Espíritu Nacional —una suerte de gazpacho rancio en el que se nos hablaba del glorioso movimiento nacional del 18 de julio, y del mucho más glorioso, ante dios y ante la historia, Generalísimo Franco— era obligatoriamente enseñada a todos los niveles de estudio, y en clase de canto se aprendía *Montañas nevadas*, suerte de himno de la *División Azul*, aquel grupo de soldados que la dictadura envió a Rusia para ayudar a Hitler en la guerra que había desencadenado contra el mundo.

Aunque el catolicismo ocupaba en primer plano nuestras vidas, para los externos del colegio que éramos, el fascismo, aunque secundario, tenía cierta importancia, porque nuestro profesor de la asignatura Espíritu Nacional y de gimnasia era también el delegado de Falange en Villafranca, el señor Montero, un hombre más bien bonachón, que no tenía aspecto de atleta y que, a todas luces, no se tomaba muy en serio lo del espíritu nacional, al menos no hacía que nosotros lo tomáramos muy en serio; pero cumplía con más o menos con las obligaciones de jefe de Falange que lo hacían vivir y nos convencía de que debíamos frecuentar los locales de Falange de la calle la Cárcel (Hernán Cortés), en lo que había sido el Ayuntamiento, cosa que le era fácil porque era uno de los dos sitios donde había juegos para preadolescentes y adolescentes (la rana, ping-pong, fútbolín, billar, etc.), el otro era Acción Católica, sita en el segundo y tercer piso de lo que es hoy el cuartelillo de la policía municipal: entre Caribdis y Escila. Y en uno de aquellos largos veranos de abisal aburrimiento, Montero nos convenció para que nos fuéramos con él a uno de los campamentos de verano que organizaba el partido para adoctrinar a adolescentes so pretexto de pasar 15 días a la orilla del mar —en Chipiona en este caso—, y yo, que tenía 12 años, acepté y lo dije en casa donde vi una sombra pasar por las caras de mis padres, que acabaron aceptando a regañadientes, pensando seguramente que era bueno que fuera a pasar unos días a la orilla del mar, cosa que ellos no podían pagarme, poniendo eso por delante de la prueba difícilmente soportable por la que mi madre tenía que pasar cuando planchó, tragándose las lágrimas, el uniforme que debería endosar durante mis “vacaciones”: una camisa azul con el yugo y las flechas...

Hombres con aquella camisa se había llevado un día a su padre y lo habían fusilado y luego habían ido a su casa y la habían saqueado...

Tardaría aún años en saber aquello, en levantar la losa de silencio bajo la que mis mayores habían sepultado todo lo que se refería a la época en que habían sido derrotadas sus aspiraciones a una sociedad más justa, todo lo que remitía a los años en que habían muerto muchos de los suyos, mucho tiempo en romper la mordaza que se habían impuesto no solamente para, de alguna manera, aliviar el dolor y poder sobrevivir en el terror que el régimen salido de la guerra civil había impuesto, sino para que nosotros pudiéramos abrirnos camino en aquel mundo sin tener que soportar las humillaciones y vejaciones que habían soportado ellos. Pero eso, como decía, tardaría algunos años en saberlo. Por el momento, me sentía casi perfectamente integrado en el mundo en que vivía, un mundo de misas diarias en el colegio y dominicales durante las vacaciones. El fascismo fue desapareciendo casi por completo, tanto de la vida pública (Franco apartó prácticamente del poder a la Falange en 1957) como de mi esfera personal, y los locales de Acción Católica se convirtieron en el centro de juegos, charlas y comentarios dirigidos por sacerdotes sobre el evangelio de la misa del domingo, donde aprendíamos, entre otras cosas, que la caridad bien entendida empieza por uno mismo; me sentía incluso importante por formar parte del grupo de muchachos bien vestidos que, en las procesiones, en medio de las filas de feligreses –delante las mujeres, detrás los hombres– rezaban al unísono el rosario tras el estandarte de Acción Católica. El mundo a mi alrededor aparecía ante mis ojos perfectamente ordenado: la cruz portada por un sacristán abriendo el desfile, escoltada por dos monaguillos con insignias plateadas en lo alto de astas de madera y, por el medio de la calle, el paso con la imagen correspondiente a la festividad, llevada en andas o por costaleros: delante de ella nosotros y detrás las autoridades eclesiásticas con pesadas y doradas capas, acompañadas de las autoridades civiles, y por las aceras, encuadrándolo todo, las filas de feligreses cantando o rezando por calles con bonitas fachadas: esa era la imagen simbólica del mundo que se presentaba ante mis ojos; lo demás no existía o no tenía consistencia: no tenían consistencia los hombres maduros que se veían por las esquinas, vestidos con pantalones remendados y raídas chaquetas de paño o de pana en las frías mañanas de invierno, sobre camisas de un color indefinido por los trozos que se habían añadido al tejido original, sin la chaqueta en verano, con los mismos pantalones y camisas remendadas y las mismas alpargatas, en pequeños grupos o solos, silenciosos, reconcentrados en su mirar amargo, entre resignado y desesperado, reprimiendo algunos, a duras penas, la cólera que se adivinaba en un momentáneo destello de su mirada acerada, sin esperanza de encontrar trabajo, porque el capataz no los había elegido esa mañana, frente a la plaza de abastos, para la recogida de aceituna, o para la siega, o para la vendimia. Hombres sombríos que no sabían cómo darían de comer a sus hijos aquel día, ni lo habían sabido el día anterior ni lo sabrían al día siguiente. Casi todos ellos habían perdido una guerra hecha para que no pudieran protestar ni rebelarse cuando el capataz, o cualquiera que fuera el mandado del propietario de las tierras, señalara a unos para que se fueran con él a trabajar en el campo y a otros los dejara vagando por las esquinas mirando a ninguna parte con sus ojos profundamente sombríos y tristes, con una mirada entre resignada y colérica, entre desesperada y desamparada.

Aunque inconsistentes, todas esas imágenes se irían almacenando en algún sitio de la conciencia, se quedarían allí agazapadas esperando el momento de salir a la luz y dinamitar aquel mundo tan aparentemente equilibrado.

Pero mucho antes de eso, una oscura fuerza había empezado a descomponer aquel orden, primero sordamente, luego con más fuerza, cada vez más evidente; una fuerza que no venía de fuera, ni siquiera de los libros que el adolescente había empezado a leer y que proponían otras imágenes del mundo, sino de dentro de sí mismo, una fuerza que se desarrollaba en la raíz misma de su naturaleza y que sentía no poder contener. Ya había escuchado su eco resonar por encima de las barreras de contención que el catolicismo imponía a todo acto social en la Villafranca de la época: la romería de San Isidro, oficialmente dedicada al santo, se convertía a menudo, aunque de forma más o menos encubierta, en una suerte de fiesta pagana, como la que Lorca describe en *Yerma*, celebración de los principios macho y hembra, en la que los instintos sexuales se desataban, ayudados por la primavera, la soledad del campo y el alcohol, a veces con tanta violencia que acababa en reyerta a puñaladas entre dos hombres jóvenes disputándose los favores de una muchacha: la violencia del sexo oponiéndose a la violencia con que la dictadura quería reprimirlo. Y de eso se trataba, de represión; condenado en el discurso oficial (todavía recuerdo los anatemas del cura en el púlpito cuando pusieron en el cine *Arroz amargo*, porque en el cartel de anuncio se veía a Silvana Mangano en un arrozal con un suéter muy ajustado y un pantalón muy corto que dejaba ver sus muslos a pesar de que la censura los había cubierto casi por completo con unas medias oscuras), sepultado en el silencio en la educación, si no era para castigarlo con el fuego eterno, solo era permitido, decían los directores espirituales, en el matrimonio católico con el único y exclusivo fin de procrear, lo que era una forma de dejar sin respuesta las obsesivas preguntas que nos hacíamos a los quince años sobre aquello que sentíamos subir desde el fondo mismos de nuestro ser, de dejarnos absolutamente desorientados, perdidos en la niebla de nuestras nuevas pulsiones (¿Pero cómo iban a dar respuestas a esas preguntas hombres que, oficialmente, habían renunciado al sexo, y que, por lo tanto, no debían saber nada sobre él?). En la calle se oían palabras crudas, formas directas de tratarlo, pero “la buena sociedad” hacía oídos sordos, de la misma forma que no miraba de frente los burdeles de la calle Juan de Padilla, tolerados como desahogo sexual, muy relativo, para la población masculina que podía pagárselos, donde los atributos sexuales de la mujer se presentaban hipertrofiados: senos caderas y nalgas subrayados hasta la exageración por faldas cortas y jerséis llamativos y apretados, y maquillajes como máscaras de teatro... En el otro extremo, la joven piadosa, católica y futura buena madre de familia, era modosa, recatada y no subrayaba nunca ninguna parte de su cuerpo; en las clases populares el modelo era el mismo aunque faltara el catolicismo: el franquismo había logrado estancar la sociedad española en los valores calderonianos del Concilio de Trento (Calderón de la Barca era uno de los autores faros de la dictadura), borrando por la violencia todo lo que la República había hecho para sacarla de su retraso.

Los adolescentes nos consolábamos con las imágenes manipuladas por la censura de los cuerpos esplendorosos de Brigitte Bardot o Marilyn Monroe, que nos llegaban en algunas películas o magazines.

¿Y la homosexualidad? Si la sexualidad considerada natural era condenada, la que se consideraba antinatural lo era doblemente; no solamente condenada, como lo era entonces prácticamente en todo el mundo, sino burlada, despreciada, motivo de escarnio; aunque aquí también hay que hacer la diferencia entre los que no eran público sostén de las clases dirigentes, portavoces más o menos públicos de su ideología, y los otros, los que eran simplemente homosexuales, y sobre todo si sus padres habían sido rojos, como era el caso de Diego Cestero, alias Yván de Castro, homenajeadado después por la ciudad, a quien, según sus declaraciones, la guardia civil cogía de vez en cuando y le daba una paliza por eso, por ser maricón, como decían. Por el contrario, Manolo Pertegal “El Lolo”, un comerciante que había sido un fascista notorio durante la guerra (acompañante de las tropas italianas enviadas por Mussolini y profesor de italiano en el colegio, cuando, en los años 1940, las lenguas enseñadas eran el italiano y el alemán), no solamente era respetado, sino que desempeñaba una función social de consejero estético (¿) para fiestas y decoraciones de la sociedad “La Peña”, organizaba procesiones y cofradías de semana santa con capiruchos, etc. Y lo mismo pasaba con Bernardo Terrón, el sastre de la clase dirigente. Los dos eran amigos y no solamente no ocultaban su homosexualidad, sino que la exhibían, pero los dos pertenecían a los grupos sociales que habían instaurado el franquismo y las clases dominantes no solamente los toleraban, sino que les atribuía un papel importante en el desarrollo social. En cambio, en los años 1950, para un muchacho considerado como bien educado que se sintiera esa orientación sexual, el único camino que quedaba era “meterse en el armario”.

Al final de la década de 1950, el joven villafranqués que era entonces el que esto escribe navegaba con sus amigos –la adolescencia es la edad por excelencia en que las cosas se hacen en grupo– entre el conformismo y la fantasía, entre los interminables paseos de la Coronada a la calle Larga y viceversa y el mundo, o mejor los mundos que nos ofrecía el cine, más que diversión puerta de escape del espacio urbano en el que nos desenvolvíamos, achatado por la rutina, inmovilizado, como agua empantanada, por una dictadura beata, donde la vida de la gente estaba puntuada por las misas, las procesiones, las bodas, los bautizos y los entierros. Las películas, en particular las americanas, nos ofrecían modelos de comportamiento que nos apresurábamos a imitar: encendíamos un cigarro en el cine de verano cuando Humphrey Bogart o Gary Cooper encendían uno, y aunque nos era difícil comportarnos con la brutalidad casi animal de Marlon Brando, nos era fácil comprender la rebeldía de James Dean en una película que se llamaba *Rebelde sin causa*, tanto más cuanto que nosotros sí teníamos motivos para rebelarnos. Lo aprendíamos todo en el cine americano: la música que tenía que gustarnos, la forma de vestir, las actitudes que debíamos adoptar e incluso las posturas, y sobre todo la forma de amar a las muchachas, aunque las muchachas que frecuentábamos, sometidas a una presión aún más fuerte que nosotros por la ideología dominante, estuvieran muy lejos de corresponder a los modelos que nos proponía aquel cine; nosotros nos enamorábamos de los bellísimos personajes femeninos propuestos por las historias en las que

nos introducíamos identificándonos con sus héroes, pero Ava Gardner era demasiado libre, Elizabeth Taylor demasiado refinada y las dos demasiado guapas para los adolescentes españoles que éramos: suerte de hermosos seres habitantes de un mundo de fantasía, incorpóreos, tan bellos como los arcángeles, tronos y dominaciones que estaban a Dios alabando en los libros de religión, nuestro amor no pasaba de la fantasía platónica. Eran las actrices italianas las que nos conmovían, en todos los sentidos del verbo conmover, y nos conmovían porque se parecían, a las muchachas que veíamos a nuestro alrededor, y esperábamos encontrarnos con una Claudia Cardinale de Villafranca, un domingo a la salida de misa de 11. Pero no la encontraríamos nunca, porque lo que nos gustaba de Claudia no era solamente su tipo y su cara, cómo se peinaba o se vestía, sino su forma de estar en el mundo; el cine italiano nos mostraba un paisaje social muy parecido al nuestro, una sociedad destrozada por una guerra donde no era fácil vivir; la diferencia sin embargo era evidente y fundamental: allí el fascismo había perdido la guerra, aquí la había ganado.

Sería sin embargo el cine italiano el que, por el camino de la evasión, nos enfrentaría con la realidad para que la comprendiéramos, para que descubriéramos lo que había más allá de las apariencias. Los ejemplos serían numerosos, pero me contentaré con uno particularmente representativo. Hacia 1958 o 1959, pusieron en el cine López Romero, el cine de Girones, como lo conocía la gente (esquina Carrera Chica con calle Colón), *Las noches de Cabiria*, de Federico Fellini, que ya nos había mostrado en *La strada* la violencia del mundo reflejada en el rostro de un ser inocente, interpretado por Giulietta Massina; en su nueva película, otra vez el rostro de Giulietta Massina nos proponía un espejo en el que se reflejaba ahora no sólo la violencia del mundo, sino su ambigüedad: para los adolescentes católicos que éramos, educados en la religión tridentina de la España de entonces, el hecho de que la inocencia abusada, la buena fe y la confianza en el prójimo que proponía la película estuvieran encarnadas en la prostituta Cabiria, personificación del desorden sexual, pecado por excelencia para la pazguata moral de aquellos años aquí, era, en principio, desconcertante, pero la fuerza estética de las imágenes de Fellini, la profunda lógica del desarrollo de la película nos abocaría a hacernos una serie de preguntas sobre nuestras actitudes y certezas, que, aunque no encontrarán una respuesta inmediata, desembocarían en otras, que del ámbito moral nos llevarían al político y a las cuales comenzaríamos a encontrar respuesta algunos años después.

Pero eso sería años después y ya lejos de Villafranca; a finales de los años 1950, las noches que no íbamos al cine nos contentábamos con pasear de la calle Larga a la Coronda y de la Coronada a la calle Larga, cien veces, mil veces, a menudo en grupos solamente masculinos, otras veces al lado de muchachas que se aburrían tanto como nosotros...

Habría que preguntarse ahora si se puede sentir nostalgia de uno de los períodos más nefastos de la historia contemporánea de España, como parecen mostrar, desde hace algunos años, articulistas y otros vendedores de ideologías políticas, borrando la frontera entre acontecimientos históricos y lo que no es otra cosa que la melancolía frente al paso del tiempo, el pesar de la juventud perdida; la respuesta es, evidentemente, no. Ahora bien, la

gente de mi generación no puede tirar por la borda su pasado, único e irrepetible, so pretexto de haber vivido en una época corrompida por la hipocresía y la violencia; a espaldas o al margen de una ideología que pretendía controlar al individuo, también conocimos la alegría de estar juntos, descubrimos el amor y el desasosiego del cuerpo al rozar otros cuerpos... y aprendimos a estar en el mundo. La vida es siempre más fuerte que los regímenes totalitarios.